

El templo de tu ausencia

Luz Elida Vera Hernández

Coordinadora Editorial

Universidad Mariana

Hoy pasé por nuestra casa, entré, todo estaba como cuando nos marchamos. ¿Recuerdas esa última vez? Debes recordarla, lo sé. Es el lugar donde yo siempre te recuerdo, en las noches, en los pasillos, en los jardines. Íbamos y veníamos, en ese tiempo, a esa edad, la tuya y la mía; tus brazos entrelazados con los míos, tu respiración en mi cuello, tu voz en mi oído. Y mi ser se detenía al observar tus ojos. Mi beso, mi amor, ¿lo recuerdas? Mis ojos en tus ojos, mi mano izquierda sobre la tuya y la derecha acariciando tu rostro. El imán de tus labios atrayéndome hasta ti, se juntaron dos labios que deseaban amar. Correspondiste a mi beso con eternidad, con la misma espera con la que esperaste en el muelle de San Blas.

Continué por el pasillo, y un frío rozó mi piel. Me sentí extraña, como si ya no estuviera esa calidez de la última vez. Mientras recorría la casa, evadiendo el peso de la realidad, me tropecé con mi cuarto: la puerta, la pared, el interruptor, mi espejo, tu espejo, tus letras en mi espejo, tu ser en mi espejo, tu imagen en mi espejo, nuestra imagen en nuestro espejo. Mi cama, tu cama, nuestra cama, un despojo, un miedo, un temor, un odio, una culpa, un error. Aquella cama que guarda tu peso, su esencia, tu ser. Ya no es mía, ha dejado de serlo, pero, aunque ya no estés, siempre será tuya. Nadie la miró con tanto amor, nadie se ha detenido a contemplarla ni siquiera yo. Ahora la contemplo porque en ella te encuentro.

Ahora solo espero, y esa espera es también la tuya. Sin creer en príncipes ni princesas, ese tiempo acabó. Un beso, una princesa, un príncipe, un rescate furtivo... ¿Me rescataste?, ¿te rescaté? Este cuarto, mi cuarto, tu cuarto, es tu templo, permanece intacto en este silencio. Es hora de marcharme, recorro los pasillos y me alejo. No me siento tan cerca, no me siento tan lejos, estoy sola. He cerrado la puerta y has desaparecido.